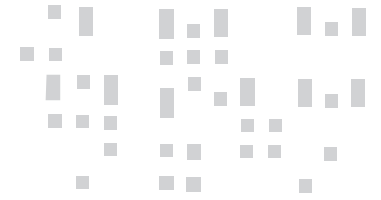


Memorial de la Solidaridad

Museo del Padre Hurtado

Descripción detallada de cada sala



En este documento encontrarás una descripción detallada de los contenidos de cada sala del Museo.

Hall de entrada:

Acá se encuentra habitualmente la Camioneta Verde que utilizó el Padre Hurtado. Este vehículo es una Ford Pick-up del año 1946.

La Camioneta Verde es el automóvil que utilizó San Alberto Hurtado para recorrer las calles de Santiago en busca de los más necesitados. Con incansable amor, en ella recogió a los pobres y niños, para llevarlos a tomar leche caliente y dormir en una cama abrigada en las hospederías del Hogar de Cristo.

Enfermos, niños y adultos mayores tuvieron siempre un lugar en esta camioneta, porque el Padre Hurtado vio en ellos el rostro de Cristo.

Con esfuerzo y aporte de muchas personas, esta camioneta ha podido mantenerse en excelente estado, con su motor funcionando y la mayoría de sus piezas originales.

Actualmente la Camioneta Verde es solicitada por colegios e instituciones de diferentes partes de Chile y se ha transformado en un ícono de la solidaridad que representa la llegada del Padre Hurtado a los diversos lugares que visita.

A través de su exposición en este salón queremos acercarte a la vida del santo y que palpés a través de este ícono el cariño que el pueblo de Chile le tiene a este sacerdote jesuita.

Sala 1: “Dimensión Humana”

En este espacio puedes conocer la vida del Padre Hurtado (1901 – 1952), a través de una cronología que re muestra lo que estaba ocurriendo en nuestra historia nacional y universal. Con esto, logras tener una relación del Padre Hurtado con las problemáticas que había en ese entonces, las influencias que tuvo para trabajar en ciertas áreas y su reacción frente a los grandes dolores de su época.

San Alberto Hurtado

Nació en Viña del Mar el 22 de enero de 1901. A sus 4 años de edad muere su padre y deben trasladarse a Santiago en condiciones precarias. A pesar de eso, su madre, Ana Cruchaga, lo incita a trabajar por los pobres en un patronato. Estudió en el Colegio San Ignacio dirigido por los jesuitas. Allí tuvo de guía espiritual al padre Fernando Vives SJ, quien despertó su vocación sacerdotal.

Ingresó a la Universidad Católica a estudiar Leyes y se recibió de abogado en 1923. El 14 de agosto de este mismo año ingresó en el noviciado de la Compañía de Jesús en Chillán. Continuó su formación de jesuita en Córdoba (Argentina), Barcelona (España) y Lovaina (Bélgica). Aquí obtuvo un doctorado en Pedagogía y Psicología. Fue ordenado sacerdote el 24 de agosto de 1933.

Regresó a Chile en 1936, dedicándose al ministerio de la enseñanza en el Colegio San Ignacio, en la Universidad Católica y en el Seminario de Santiago. Además fue nombrado asesor nacional de la juventud de la Acción Católica, cargo que ejerció hasta 1944. Gracias a su trabajo con los jóvenes logró captar muchas vocaciones.

Construyó una casa de formación para jesuitas y una casa para Ejercicios Espirituales en la localidad que hoy se llama Padre Hurtado. Desde 1944, se dedicó prioritariamente a servir a los más marginados de la sociedad, fundando el Hogar de Cristo (1944) y la Asociación Sindical Chilena (Asich) (1947).

Publicó varios libros críticos de la realidad social chilena y educación. Destacan ¿Es Chile un país católico? (1941) y Humanismo Social (1947). También se preocupó de orientar el pensamiento cristiano entre los intelectuales y para ello fundó la Revista “Mensaje” (1951).

Murió de cáncer en Santiago el 18 de agosto de 1952, siendo enterrado al lado de la parroquia Jesús Obrero, donde hoy se encuentra el Santuario en el que se le venera.

El Papa Juan Pablo II lo beatificó el 16 de octubre de 1994 y el Papa Benedicto XVI lo canonizó el 23 de octubre de 2005. En su memoria se celebra el 18 de agosto, día Nacional de la Solidaridad, en reconocimiento a su palabra y a su labor como estímulo para seguir su ejemplo.



Sala 2: “Dimensión Cristiana”

En este salón conocerás al Padre Hurtado sacerdote de Cristo.

Alberto tuvo una temprana vocación sacerdotal. Aún antes de finalizar sus estudios en el colegio San Ignacio, luego de cumplir los 15 años, deseó y pidió ingresar al noviciado de los Jesuitas, pero sus consejeros espirituales lo disuadieron de esperar el bachillerato.

Las cartas a su amigo Manuel Larraín, futuro obispo de Talca, son testigo de una profunda búsqueda de la voluntad de Dios. Ambos jóvenes enfrentan la misma aventura con gran seriedad, preguntándose: *¿Qué quiere Dios de mí?* Alberto tiene claro que Dios le asigna un puesto a cada hombre, y que, en aquel puesto, Dios le dará las gracias abundantes; por ello se ofrece al Señor: *“Yo te hago la entrega de todo lo que soy y poseo, yo deseo dártelo todo, servirte donde no haya restricción alguna en mi don total”*.

En 1923 Alberto le escribe a su amigo Manuel: *“Reza, pero con toda el alma, para que podamos arreglar nuestras cosas y los dos cumplamos este año la voluntad de Dios”*. Para Alberto, cumplir la voluntad de Dios era entrar al noviciado jesuita.

Alberto no podía entrar a los jesuitas porque debía sostener económicamente a su familia. Providencialmente, la situación económica de la familia Hurtado Cruchaga mejora. Ello le permite a Alberto cumplir su anhelo de ingresar a la Compañía de Jesús.

El 7 de agosto de 1923, después de haber presentado su memoria de Licenciatura El trabajo a domicilio, rinde su examen final, que aprueba con nota sobresaliente por unanimidad, y, con ello, recibe su título de Abogado. Días más tarde, el 15 de agosto, parte a Chillán para iniciar su Noviciado.

La alegría de Alberto por haber entrado al Noviciado queda bien expresada en una carta a su inseparable amigo: *“Querido Manuel: Por fin me tienes de jesuita, feliz y contento como no se puede ser más en esta tierra: reboso de alegría y no me canso de dar gracias a Nuestro Señor porque me ha traído a este verdadero paraíso, donde uno puede dedicarse a Él las 24 horas del día. Tú puedes comprender mi estado de ánimo en estos días; con decirte que casi he llorado de gozo”*.

La primera parte de su formación se desarrolla en Chillán, entre Retiros Espirituales y labores humildes. Posteriormente se traslada a Argentina para terminar allí su período de noviciado y consagrarse al Señor con sus votos religiosos el 15 de Agosto de 1925.

Entre los años 1927 y 1931, estudia filosofía y comienza con la teología en Sarriá, España. Por la situación política de este país, Alberto debe continuar teología en la universidad Católica de Lovaina, una de las más prestigiosas del mundo.

El 24 de agosto de 1933, es ordenado sacerdote. En su primera misa lo acompaña su inseparable amigo y futuro provincial, el Padre Álvaro Lavín. Una vez ordenado sacerdote, le escribe a un amigo: *“¡Ya me tienes sacerdote del Señor! Bien comprenderás mi felicidad inmensa. Con toda sinceridad puedo decirte que soy plenamente feliz. Ahora ya no deseo más que ejercer mi ministerio con la mayor plenitud posible de vida interior y de actividad exterior”*.

Durante estos años, presta un gran servicio en favor de la fundación de la Facultad de Teología de la Universidad Católica de Chile. El agotador trabajo que realizó muestra el gran aprecio que Alberto Hurtado profesa por el estudio serio de la teología.

El 24 de mayo de 1934, aprueba el examen de grado de Teología.

Regresa a Chile en febrero de 1936; el joven sacerdote comienza un intenso apostolado. Como doctor en Educación dedica la mayoría de sus fuerzas a la formación y a la dirección espiritual de sus alumnos. Es profesor en el Colegio San Ignacio, en el Seminario Pontificio, en la Universidad Católica, en una escuela nocturna. También da muchas conferencias y retiros.

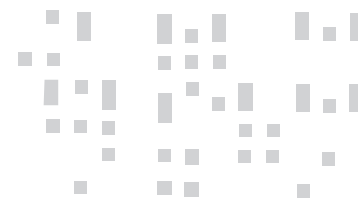
Su actividad en la predicación de los retiros él la consideró siempre como fundamental y sólidamente provechosa. A pesar de las múltiples ocupaciones y obligaciones, siempre buscaba el tiempo y la forma de atender las continuas peticiones que recibía: jóvenes de colegios secundarios y universitarios, empleados, señoras, el clero secular y religioso, no solo en Santiago, sino también de las principales ciudades de Chile.

Varias veces durante el año impulsaba diversos grupos, de jóvenes y adultos, a un encuentro profundo con el Señor y a buscar con seriedad la voluntad de Dios. Es en uno de estos retiros donde afirma: *“Todo cristiano debe aspirar siempre a esto: a hacer lo que hace, como Cristo lo haría en su lugar...”*.

Esta convicción lo llevó muy pronto a pensar en la construcción y funcionamiento de una amplia y acogedora Casa de Ejercicios en Marruecos (hoy Padre Hurtado), que con dinámico fervor llevó muy pronto a la realidad. Este sitio pronto se convirtió en un centro de vida espiritual, de semilla y fermento apostólico.

En sus retiros, nacían o se decidían muchas vocaciones, que, como dijo Monseñor Manuel Larraín en su oración fúnebre, no eran fruto de una “pesca”, sino el efecto de la irresistible atracción de un hombre de Dios, que vivía lo que predicaba su palabra, brillante y atractiva, no tanto por su elocuencia literaria, sino por la sinceridad y el fervor.





Su amor al sacerdocio y a la eucaristía queda retratado en un hermoso testimonio: en el año 1937, en San José de la Mariquina, un misionero capuchino lo observó celebrar la Misa, y le llamó tan poderosamente la atención “que decía no haber visto nunca una celebración tan edificante, y que al ser así los sacerdotes chilenos, deberían ser todos santos”:

El problema vocacional fue otra de las grandes preocupaciones de este sacerdote jesuita. Hizo estudios, estadísticas, y la primera obra que escribió fue precisamente sobre este tema: La crisis sacerdotal en Chile (editado en 1936). Más tarde, enfocado hacia la juventud universitaria, publica “Elección de Carrera”, en 1943.

Poco antes de la iniciación del Congreso Eucarístico de 1941, el Padre Hurtado impactaba tremendamente a la juventud y a los adultos con su libro: “¿Es Chile un país católico?”. En sus páginas relata la miseria de nuestro pueblo, cuya raíz principal “es la falta de cultivo religioso de las masas y de los grupos de selección, que acarrearán un debilitamiento de su fe”.

“La falta de sacerdotes, bien lo comprendemos, no es solamente problema de número. El problema sacerdotal encierra, pues, un problema de santidad en primer lugar; de correspondencia a la gracia; de abnegación; de formación seria y profunda en las disciplinas sagradas y en los conocimientos humanos. El sacerdote es mediador entre Dios y los hombres, instrumento en manos del Redentor para salvar a los hombres, y el instrumento debe estar unido a la causa que lo mueve y al objeto a que se aplica”.

Hasta sus últimos meses de actividad, y a pesar del cúmulo de trabajos que absorbían su tiempo y atención, hacía paréntesis para no rechazar la oportunidad de dar retiros: estaba convencido de su eficacia, y veía y palpaba sus alentadores frutos.

Sala 3: “Dimensión Social”

En esta sala se visualiza al Padre Hurtado como una personalidad pública, que transmite un discurso social contundente y que lo materializa a través de sus libros, cartas y publicaciones en los medios de comunicación. A través de la lectura de la selección de estos textos que se exhiben en este salón vas formándote una idea de sus grandes preocupaciones sociales que tuvo durante su vida: **Trabajo, educación, vocación sacerdotal, jóvenes, pobreza y cultura**, entre varios más.

Trabajo:

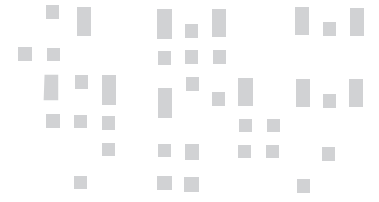
El Padre Hurtado tuvo especial sensibilidad por trabajadores, obreros y sus derechos. Desde su juventud podemos evidenciarlo cuando a los 20 años presentó su memoria “La reglamentación del trabajo de los niños” para obtener el título de Bachiller en Leyes; dos años más tarde lo hará con su memoria “El trabajo a domicilio”, para postular al grado de licenciado en la Facultad de Leyes y Ciencias Políticas de la Universidad de Chile.

Ya ingresado a la Compañía de Jesús, como sacerdote siguió sintiendo esta preocupación por el mundo laboral. Numerosos fueron sus retiros a oficinistas, empresarios, obreros y trabajadores en general que fueron moviendo en él un profundo anhelo por establecer un verdadero orden social cristiano; donde la Iglesia aparte de santificar, enseñar y dirigir a sus fieles, también se preocupe de que las instituciones y leyes se inspiren en la justicia social y sean animadas por la caridad. Alberto Hurtado ve entonces que urge el *“estudio profundo de la doctrina social y la preparación de colaboradores mediante círculos de estudio, asociaciones cristianas, etc....”*.

Por eso el 13 de junio de 1947, junto a un grupo de universitarios que quería trabajar a favor de los obreros y prepararse en el estudio de la acción social, constituye la Acción sindical y Económica Chilena (ASICH), como un modo de buscar *“la manera de realizar una labor que hiciera presente a la Iglesia en el terreno del trabajo organizado”*. Sin embargo, no tenía bien claro el camino a seguir.

Un viaje a Europa realizado entre 1947 y 1948, para asistir a una serie de importantes congresos y semanas de estudio, entre ellas las Semanas Sociales de Francia, le servirán para precisar sus objetivos de acción social.





De vuelta a Chile, convencido de que “la caridad comienza donde termina la justicia” y de que los mismo trabajadores tienen que luchar por su dignidad, funda la ASICH en 1948. Con ella ofrece una vía alternativa a los obreros y trabajadores estimulándolos a prepararse en la doctrina social de la Iglesia, incorporarse a los sindicatos, capacitarse en talleres sobre la realidad social nacional con miras a defender la dignidad del trabajo humano desde un criterio social. Decía: “pero el hombre, el obrero particularmente, no quiere benevolencia, sino justicia, reconocimiento de sus derechos, de su igualdad de persona. Ningún otro substitutivo lo puede satisfacer.

La ASICH al poco tiempo se estableció en varias diócesis de Chile, principalmente entre los obreros del campo. Pronto tuvo un periódico quincenal cuyo tiraje era de 3.500 ejemplares. Su finalidad era unir a los obreros, hacerles conocer las encíclicas papales, y promover su bienestar mediante el cumplimiento de la justicia social.

Esta prédica no dejó de molestar a los patronos, y el Padre Hurtado tuvo serios disgustos. Pero en 1950, esta labor fue reconocida por la Conferencia Episcopal de la época, lo que significó un gran aliciente en su trabajo.

Ese mismo año publicó su libro “Sindicalismo” donde nos habla de la trascendencia de la acción sindical y el trabajo de preparar para ella a los dirigentes en sindicatos.

La tarea es dura y no exenta de malos entendidos. La principal dificultad radicaba en la ley de sindicato único, que obligaba a todos los trabajadores a militar en el mismo sindicato, con el evidente peligro de politización: “*Los obreros, a pesar de ser católicos en su casi totalidad, no tenían influencia alguna en cuanto tales y obedecían a consignas marxistas*”, como él mismo señala en 1951, recordando la situación que se vivía al iniciar la obra.

En una carta de respuesta a las críticas recibidas, que revela la personalidad del P. Hurtado, señala: “*Claro que hay muchos peligros, y que el terreno es difícil... ¿Quién no lo ve? Pero, ¿será ésta una razón para abandonarlo aún más tiempo?... ¿Qué alguna vez voy a meter la pata? ¡Cierto! Pero, ¿no será más metida de pata, por cobardía, por el deseo de lo perfecto, de lo acabado, no hacer lo que pueda?*”.

Educación:

El Padre Hurtado llegó desde Europa (1936) con su Doctorado en Educación y empapado de todas aquellas nuevas corrientes identificadas con el nombre de “Escuelas nuevas”, y se encuentra con un ambiente de interés por la educación en diversos sectores del país, entre ellos la Universidad de la Iglesia.

Además, en su condición de sacerdote, se daba cuenta del abandono religioso en el que se encuentran los niños. De esta manera se compromete con la calidad de la formación religiosa, la cual, señala, *“es imposible sin maestros bien formados que hagan vivir la fe”*. Esto explica su apoyo a la creación de una Facultad de Educación al interior de la Universidad Católica, pero fundamentalmente centrado en la formación de profesores para los colegios de Iglesia. Él sería profesor en dicha institución en 1943, en la cátedra de Filosofía de la Educación.

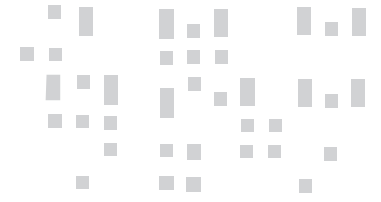
Al analizar las ideas educacionales del Padre Hurtado, se puede apreciar la importancia que le otorga a la vinculación de la escuela con la vida. En parte la desvinculación con la realidad social y sus problemas. Su crítica al respecto señala lo siguiente: *“La juventud que se educa en los colegios católicos no adquiere, de ordinario, en el colegio un sentido social cristiano: no toma conciencia de su responsabilidad social, se interesa poco por la obra en pro de la clase obrera (salvo algunos colegios); y tiene escasa preocupación por actuar en su vida post-escolar en forma socialmente útil. Su actitud es inconscientemente egoísta”*.

Bajo esta perspectiva en 1942 publicó su libro “Puntos de Educación”, una guía con temas “sobre los principios básicos de la educación y las principales aplicaciones concretas a los valores educativos que es necesario desarrollar en nuestra juventud para formar cristianos integrales”.

Su anhelo por buscar nuevas respuestas a los desafíos educacionales lo llevó a un estudio en amplitud y profundidad de los movimientos de las Escuelas Nuevas, deteniéndose especialmente en Dewey, filósofo y educador de principios del siglo XX. En general, esta corriente pretendía que la enseñanza fuera más realista, que preparara más para la vida y, por lo tanto, se oponían a una formación enciclopédica.

Al asumir la necesidad de programación flexible con sentido psicológico, criticó los sistemas fuertemente centralizados como era el caso de Francia. Chile recibió una fuerte influencia francesa desde el punto de vista educativo, generando también un sistema burocrático y centralizado, lo que fue criticado por el Padre Hurtado: *“Cada individuo es una personalidad diferente dotado de diferentes capacidades, distintos intereses, distintas posibilidades de producción. Adaptemos, por tanto, la enseñanza a cada individuo y partamos en cuanto sea posible del interés del niño para la enseñanza que le debemos dar”*.





Desde estos postulados fue que publicó su libro “La Elección de Carrera” en 1943, donde se preocupó de orientar a los estudiantes que están pronto a entrar a la universidad para elegir una profesión que desde sus capacidades e intereses contribuya a la construcción de un país mejor. También tiene un especial apartado para aquellos jóvenes que están sintiendo una vocación sacerdotal, otra de sus grandes preocupaciones que trataremos a continuación.

Movido por su anhelo de hacer aportes constructivos, revisó otras vertientes del pensamiento educativo que reformulan una visión creativa de la educación humanista, la cual busca poner en contacto al educar, a través de la lectura, con los grandes pensadores clásicos.

Para el Padre Hurtado, la educación no era un problema más, era el problema fundamental del país que actuaba como un factor activador de los otros. Así lo expresaba en su libro “Humanismo Social”, publicado en 1947, que lo dedica especialmente a los educadores y padres de familia y del cual trataremos más adelante.

Vocaciones Sacerdotales:

El problema vocacional le preocupó mucho al Padre Hurtado desde el principio, por la impresionante falta de sacerdotes; realizó estudios y estadísticas que arrojaron que en Chile había un poco más de 800 sacerdotes, un índice acusador del decaimiento del espíritu cristiano en el país.

Si el número no aumentaba decía, el país dejará paulatinamente de ser católico. Bajo esta premisa el mismo año de su llegada a Santiago, publicó un folleto titulado “La crisis sacerdotal en Chile” (1936).

Así su apostolado se encaminó especialmente hacia la juventud universitaria, tal como diría más tarde, al publicar “La Elección de Carrera” en 1943, explicando que esta obra iba dirigida *“hacia los jóvenes que tienen aspiraciones e inquietudes, no para los que son mundanos y quieren seguir siéndolo, no para aquéllos cuyo ideal de vida es solamente gozar y pasarlo bien. No para los flojos, ni para los espíritus pequeños, sin capacidad de sacrificio, sin altura de miras, sin amor al prójimo”*.

Numerosos jóvenes acudieron a él para la dirección espiritual, para los retiros, logrando el más notable reclutamiento sacerdotal efectuado en Chile.

Poco antes de la iniciación del Congreso Eucarístico de 1941, el Padre Hurtado impactaba tremendamente a la juventud y a los adultos con su libro “¿Es Chile un país católico?”. Tal vez nunca, un sacerdote chileno se había atrevido a consignar en un libro de análisis más crudamente realista el espectáculo que el país ofrecía a la conciencia católica.

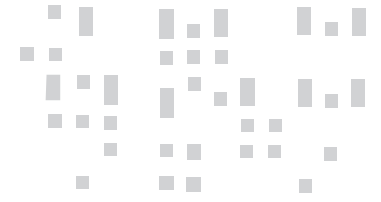
En sus páginas relata la miseria de nuestro pueblo, cuya raíz principal *“es la falta de cultivo religioso de las masas y de los grupos de selección, que acarrear un debilitamiento de su fe”*. Nos hace palpar casi la desaparición de la vida cristiana en algunas regiones.

No se puede dejar de citar un trozo angustioso del Padre Hurtado, es un grito que arranca lastimero de su corazón: *“Nuestra más grave crisis, es crisis de fe, que se origina en gran parte en la falta de cultivo espiritual y se traduce luego en mayor escasez de sacerdotes que reanimen la vida interior”*.

“La falta de sacerdotes, bien lo comprendemos, no es solamente problema de número. El problema sacerdotal encierra, pues, un problema de santidad en primer lugar; de correspondencia a la gracia; de abnegación; de formación seria y profunda en las disciplinas sagradas y en los conocimientos humanos. El sacerdote es mediador entre Dios y los hombres, instrumento en manos del Redentor para salvar a los hombres, y el instrumento debe estar unido a la causa que lo mueve y al objeto a que se aplica”.

Al término de su libro se pregunta: *“¿Qué actitud tomarán los jóvenes ante la horrible tragedia espiritual de su patria?”*. Al poco tiempo, el noviciado de los jesuitas se hacía estrechísimo, era necesario ampliar, construir una nueva casa de formación para recibir a decenas de muchachos que pedían ingresar a la Compañía.





Jóvenes:

De vuelta en Santiago, en febrero de 1936, comienza su apostolado con los jóvenes, de modo especial, en el Colegio San Ignacio y en la Universidad Católica. En esta última dio un ciclo de conferencias tituladas “La educación de la castidad”. Más tarde fueron publicadas en su libro: “La crisis de la pubertad y la educación de la castidad” y en 1938 completó sus pensamientos al respecto con “La vida afectiva en la adolescencia”. “La pedagogía sexual no es una pedagogía aislada, sino un resultado de la educación del carácter” decía a los alumnos.

Lo que le atrae a los jóvenes más allá de los compromisos académicos era la fuerza y atractivo en sus palabras, era el ardor contagioso, el entusiasmo, la convicción profunda con la que vivía y predicaba un sacerdote joven, alegre y simpático, que animado de una caridad desbordante, daba el ejemplo de un cristianismo dinámico y conquistador.

Con este carisma, promueve el servicio a los más pobres, porque “ser católicos equivale a ser sociales”. Al mismo tiempo, da gran importancia a los retiros espirituales. Varias veces durante el año impulsará a diversos grupos, de jóvenes y adultos, a un encuentro profundo con el Señor y a buscar con seriedad la voluntad de Dios. En uno de estos retiros afirma: *“Todo cristiano debe aspirar siempre a esto: a hacer lo que hace, como Cristo lo haría en su lugar...”*.

Para un número creciente de muchachos la figura de Cristo comenzó a tomar una realidad, un color, un relieve, una fuerza, un atractivo que ni habían sospechado en las desteñidas explicaciones del catecismo o del Evangelio que había oído.

Esta fecundidad pastoral lo lleva, a inicios de 1941 a ser nombrado Asesor Nacional de la Juventud de la Acción Católica, donde los laicos tenían una participación activa en la Iglesia.

Recorre el país organizando los grupo y predicando retiros. Es el tiempo de las grandes procesiones de antorchas a los pies de la imagen de María Santísima, en el Cerro San Cristóbal, con miles de jóvenes: *“Si Cristo descendiese esta noche caldeada de emoción les repetiría, mirando la ciudad oscura: ‘Me compadezco de ella’, y volviéndose a ustedes les diría con ternura infinita: ‘Ustedes son la luz del mundo... Ustedes son los que deben alumbrar estas tinieblas. ¿Quieren colaborar conmigo? ¿Quieren ser mis apóstoles?’”*.

Su labor no es comprendida. Empezaron por decir que lo de Cristo Rey, desfiles, concentraciones, banderas al aire, tenía demasiado parecido con lo que hacía la juventud fascista e hitlerista, que estaba en sus mejores tiempos de guerra. Luego lo acusaron de no haber sabido unir a los católicos, de contener ideas avanzadas en el campo social y una cierta independencia respecto del resto de las ramas de la Acción Católica.

Además, comienza a sentir que no cuenta con la confianza de Mons. Salinas, su amigo de la Universidad, y Asesor General de la Acción Católica. Debido a este clima de discrepancias y tensiones, en abril de 1942, presenta su renuncia y es rechazada por los obispos chilenos. Sin embargo, las críticas continuaron y reiteró humildemente su renuncia en 1944, la que finalmente fue aceptada.

Esta dramática salida no impidió que el Padre Hurtado siguiera en su trabajo con los jóvenes durante el resto de su vida. Ellos mismos iban a visitarlo a su residencia. El que estaba allí exponiendo su asunto se encontraba ya nervioso porque sabía que afuera esperaban un caballero y tres jóvenes más, que el Padre había salido ya dos veces, llamado urgentemente a la portería por alguna señora, y porque ya eran tres los llamados telefónicos que habían venido a interrumpir la conversación.

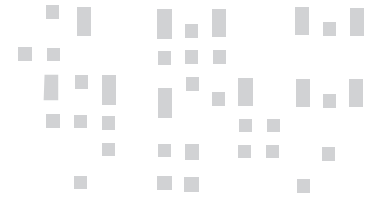
Pobreza: Hogar de Cristo:

El Padre Hurtado siempre tuvo un corazón muy sensible al dolor de los pobres y marginados. Se siente impulsado con gran fuerza a luchar por anunciarles el mensaje de Cristo y por cambiar su situación. Él hace un constante llamado a abrir los ojos para mirar con honestidad la realidad social del país. Fruto de esta perspectiva es su libro “¿Es Chile un país católico?” (1941) y otros que escribirá más adelante.

Su mirada sobre los pobres no es una mirada estadística, sino la del evangelio, la del hermano: *“Yo sostengo que cada pobre, cada vago, cada mendigo es Cristo en persona que carga su cruz. Y como Cristo debemos amarlo y ampararlo. Debemos tratarlo como a un hermano, como a un ser humano, como somos nosotros”*.

Él mismo relata que una noche fría y lluviosa regresando a la iglesia San Ignacio, se le acerca *“un pobre hombre con una amigdalitis aguda, tiritando, en mangas de camisa, que no tenía dónde guarecerse”*. Su miseria lo estremece. *¿Qué hacían los católicos para ayudar a los que no tenían techo?*





Pocos días después, el 16 de octubre, dando un retiro para señoras, en la Casa del Apostolado Popular, habla, sin haberlo previsto, sobre la miseria que hay en Santiago y la necesidad: *“Cristo vaga por nuestras calles en la persona de tantos pobres dolientes, enfermos, desalojados de su mísero conventillo. Cristo, acurrucado bajo los puentes, en la persona de tantos niños que no tienen a quién llamar padre, que carecen hace muchos años del beso de madre sobre su frente... ¡Cristo no tiene hogar! ¿No queremos dárselo nosotros, los que tenemos la dicha de tener hogar confortable, comida abundante, medios para educar y asegurar el porvenir de los hijos? ‘Lo que hagan al más pequeño de mis hermanos, me lo hacen a Mí’, ha dicho Jesús”.*

La pasión y el dolor de estas palabras del Padre Hurtado hacen que a la salida del retiro, reciba las primeras donaciones –un terreno, varios cheques y joyas- de parte de las señoras presentes. Tres días después fundó una de sus obras más conocidas: el Hogar de Cristo, lugar de acogida y de educación para los marginados.

Su intención es devolver a esas personas su dignidad de chilenos y de hijos de Dios. Por eso se preocupa de que cada uno de los mendigos que entra al Hogar reciba una atención cariñosa, como si fuera el mismo Cristo. Por las noches, el Padre Hurtado sale en su Camioneta Verde a buscar a niños y jóvenes vagabundos que se encuentran ocultos por la oscuridad de la ciudad o bajo los puentes del río Mapocho. Los llama e invita a acompañarlo al Hogar de Cristo.

Su propósito es no contentarse con dar alojamiento: *“Una de las primeras cualidades que hay que devolver a nuestros indigentes es la conciencia de su valor de personas, de su dignidad de ciudadanos, más aún, de hijos de Dios”.* Los niños del Mapocho debían llegar a ser obreros especializados

En su libro “Humanismo Social”, publicado en 1947, sitúa dentro de los dolores del país su situación escolar identificando que los grandes problemas de la educación escolar son el acceso y la deserción. En esta obra también expresa y revela sus más profundas enseñanzas y sentimientos sobre la justicia, el respeto y el amor a todos los hijos de Dios, especialmente a los más pobres y lo dedica especialmente a los educadores y padres de familia.

Con el pasar del tiempo, el Hogar de Cristo crecerá hasta niveles admirables, prestando un inestimable servicio a los más pobres y creando una corriente de solidaridad que actualmente ha superado las fronteras de nuestra patria.

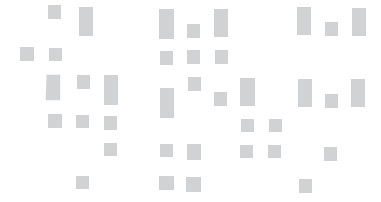
El Hogar de Cristo llegó a ser como él dijo. Una obra del conjunto de chilenos de corazón generoso. Él quiso a su obrar de caridad evangélica, es decir universal, sin la menor excepción de personas e ideologías, buscando en todas sus secciones la manera de servir y amar a todos los que necesitaran de este servicio y de este amor. Hoy la forma como ha crecido su obra es un verdadero milagro.

Cultura: Revista Mensaje:

El Padre Hurtado mira con profundidad la realidad chilena a la que quiere transmitirle la “buena noticia”. Su intención es extender hasta el mundo de los profesionales, intelectuales y jóvenes una visión que marque a fondo los valores de la sociedad. Se trata de evangelizar la cultura.

Para responder a ese desafío pensó crear una publicación orientadora del pensamiento cristiano. Aprobada la idea, en 1951, cuando ya la enfermedad estaba minando su cuerpo, el Padre Hurtado funda la Revista Mensaje cuya primera edición con un tiraje de 2.000 ejemplares circuló en octubre de ese año.





Sala 4: “Dimensión Universal”

Esta sala te muestra lo que ha sido la figura del Padre Hurtado desde su muerte. En cómo el cariño y adhesión de la gente finalmente lo llevaron a los altares de la santidad.

Ingresando encontrarás una vitrina con elementos que fueron extractados desde su ataúd cuando fue trasladado en 1995 a su actual cripta desde su primera tumba ubicada en la antigua Capilla del Perdón, hoy llamada Capilla de las Bienaventuranzas, al ingreso de este santuario.

También puedes revisar la complejidad teológica del proceso de su canonización, los milagros, testimonios y documentos que tuvieron que ser presentados para que desde el Vaticano finalmente se reconociera que este sacerdote jesuita chileno era realmente un santo.

Finalmente podrás apreciar una vitrina con placas de agradecimiento y peticiones al Padre Hurtado. Éstas fueron extractadas de un antiguo muro de este mismo santuario, que fue remodelado. La idea es que puedas apreciar la devoción, cariño y agradecimiento que el pueblo de Chile siente por este sacerdote jesuita.

FUNDACIÓN
**PADRE
HURTADO**



SANTUARIO
PADRE HURTADO

